

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

---

---

Año XX

Julio de 1943

Núm 217

---

---

## Puntos de vista

### El espíritu de la crítica

*N*O es ciertamente una paradoja si afirmamos que no existe entre nosotros el impulso de elevación de las figuras que más nos prestigian por su calidad intelectual. El fenómeno es general, por lo demás, para cualquiera de las actividades en las que el hombre tiene una parte viva y considerable. Pero especialmente en lo que se refiere al tipo de hombre intelectual, la reserva es la norma. Un profesor inglés de la Universidad de Oxford que nos ha visitado en estos días decía en una conferencia en la Universidad de Chile, que la crítica tenía antes que nada la misión de enaltecer, por el conocimiento humano de las figuras intelectuales, la obra creada. Asignaba a la crítica un rol de humanidad, en el sentido de presentar al lector el tipo completo del hombre. Debía estudiarlo en sus virtudes, en sus doctrinas, en sus gustos, en su sistema filosófico, en su voluntad de trabajo. Es decir, no podía hacerse una disquisición crítica sólo en la obra presentada, puesto que esta es a menudo un reflejo total de la personalidad.

Este detalle, si así pudiéramos decir, tiene para nosotros una vital trascendencia. Una relación invisible o una analogía que no siempre se manifiesta a la luz, va de la crítica literaria a la simple postura del hombre medio que no es crítico ni es autor. El sentido de crítica vulgar y corriente a que el hombre nuestro es tan dado suele encontrarse también en la crítica literaria. Hacemos las excepciones honrosas de siempre. Pero la mezquindad del hombre

de la calle se manifiesta también en esa crítica. A veces la sobrepasa: Intervienen en el hombre vulgar que lo critica todo, aspectos personales, odios oscuros, lejanas supervivencias de rencores, mezquinas preocupaciones de clase o de grupo. Basta escuchar una conversación de anónimos para comprender cómo se disuelve todo en ese ácido de la crítica por la crítica.

En la obra intelectual este proceso es, sencillamente, absurdo. Se estima entre nosotros como signo de valentía o de independencia el juzgar las obras con el *máximum* de rigor. Mientras más disolvente es la crítica mayor es el aplauso que recibe de los simples observadores. Pero entretanto la obra queda sin juzgar. El proceso de analizar un libro es tan delicado como el de investigar el proceso del crecimiento de un árbol. No podemos evitar, si se quiere completar una obra, o hacerla entender de los lectores, o descubrir ante éstos los móviles y las secretas energías que intervinieron en su desarrollo, el análisis atento y humano de estos detalles. Si juzgamos únicamente de acuerdo con nuestras pasiones o nuestros prejuicios, o de acuerdo con la vanidad o petulancia tan comunes en estos pueblos americanos, corremos el riesgo de mutilar la obra y hacerla ininteligible al lector medio.

Lo que el profesor de la Universidad de Oxford decía, es aplicable, sin duda alguna, a todos los pueblos en que se manifiesta el ejercicio de la crítica. Y no es que queramos prescindir en este caso de la importancia que puedan tener los defectos. No. Cuando se analiza la médula de un libro, los propósitos del autor, sus gustos, su doctrina, su filosofía, si la tiene, su carácter, etc., se puede estar seguro de que esa crítica convencerá a los lectores con más seguridad y concreción que la crítica mezquina, enderezada tan sólo a encontrar defectos o errores.

Hace algún tiempo, un investigador de la vida chilena, dió como uno de los fundamentos más curiosos del carácter nacional, el sentido agudizado de la crítica. Expresó que lo negativo era una especie de segunda naturaleza y que los defectos de que padecíamos así como la indolencia y el escepticismo que son tan nuestros, pro-

venían de este afán inmoderado de destruir siempre o tratar de destruir todo acto encaminado a enaltecer a quienes por algún motivo realizan empresas dignas de aplauso. La tendencia general es a achicar los impulsos, o negarlos, o por lo menos deprimirlos.

Al comienzo decíamos que no existe entre nosotros, o existe muy atenuado, el impulso a elevar las figuras que más nos prestigian. No es paradoja afirmarlo y es seguro que ello proviene, si nos atenemos a la observación antes apuntada, de este afán de crítica que no nos hace descansar sino cuando vemos que se está demoliendo la figura que hubiéramos querido ver cada vez más alta.